

LA SUICIDA

ANDUVO muy deprisa
por la ciudad. Sabía que se estaba
muriendo, pues se avino a la terrible
propuesta. Era preciso verlo todo
de nuevo y con urgente
calor: escaparates, las aceras
bulliciosas, las torres, los caballos
ufanos en la piedra ennegrecida
por los humos, los largos callejones
de la huida; pensarlo
todo otra vez (vivirlo era imposible).

ANDUVO muy deprisa,
alternando lugares conocidos
—atesoradas casas
de citas, parques, alamedas tristes,
alegres rosaledas— con oscuros
pasajes no asfaltados, con tabernas
o restaurantes por gozar.

ANDUVO
muy despacio, a lo largo del recuerdo
de lo ingrato, ahora roto
por una decisión, mientras ganaba,

hoja tras hoja, toda su incipiente
entrega a la verdad: única, honda,
devoradora, libre
verdad. Se detenía en las heladas
farolas, brevemente,
para cobrar respiro
sólo, y luego seguía, ya segura
nuevamente de sí, su desatado
acabamiento.

ANDUVO y desANDUVO

sus años y sus meses, sus semanas,
sus días y sus horas, sus minutos
y sus instantes. Todo era pasado
ya: su fuga, los grandes
descampados, las plazas,
los parajes abiertos
de pronto a la ilusión, no eran futuro:
eran pasado ya, nunca estrenada
vida que se pudría en el pasado
sin rozar el presente. Se bebía
su final ocasión, como un activo
veneno.

ANDUVO (hay
que precisarlo) en busca de la causa
de su intención desesperada. ¿Dónde
está? Cierra la noche. En todas partes
bulle la causa. Donde menos brilla
la luz, luce la causa.

ANDUVO, ANDUVO,
ANDUVO, ANDUVO, hasta llegar a un río
propicio a su dolor. He aquí el puente

balaustrado. El pretil convida. Asoma
la cabeza, y escucha la encantada
canción del agua. Enciende un cigarrillo
y llora.

ANDUVO, al regresar, mil leguas
de tedio y sed, de vuelta a las codicias
usuales. Nadie preguntole: ¿Dónde
has estado?

Y ANDUVO
ocupada en la cena y en las cosas
de siempre: padres, platos
plancha, televisión, crema de noche,
preparación para dormir. En última
instancia, recobró los estandartes
de su rumiada guerra.

ANDUVO entre
los tópicos, las fáciles ponzoñas
del sueño. Armore de valor.

Y ANDUVO
muy cerca de la muerte.

ALFONSO CANALES